

como buen mexicano cree no salir desairado vuestro compatriota y servidor, *Antonio Obregón.*"

Dos estrenos hubo aún al final del mes de Junio, ambos en el Principal: el jueves 27 el de la comedia *Los parientes*, del distinguido poeta José Rosas. La obra agradó en lo general y se encontró digna de los antecedentes literarios de su autor. En ella los caracteres estaban bien sostenidos, especialmente el de *Don Facundo*, que fué muy bien interpretado por Muñoz. La Belaval estuvo muy acertada en el de *Julia*. La versificación era correcta y armoniosa, y los chistes puleros y de buen gusto. El autor fué llamado dos veces á la escena, y el *Liceo Hidalgo* le obsequió con una corona.

El 30 se estrenó un episodio histórico en cinco cuadros, intitulado: *Catalina de Suecia*, original de Manuel María Romero.

CAPITULO XII

1872.

Como no puede carecer de interés en un libro como éste, cuanto tenga relación con la literatura dramática mexicana, debo decir que el domingo 2 de Junio fué objeto de una entusiasta ovación el poeta Manuel María Romero, autor del episodio histórico en cinco actos, *Catalina de Suecia*. Severamente recibido este drama en su primera representación el jueves 30 de Mayo anterior, el público hubo de rectificar su juicio, ayudado por la buena voluntad del autor que corrigió los defectos más notables, y Manuel M. Romero fué llamado cinco veces á la escena, entre aplausos, dianas y demostraciones de afecto: la Redacción del *Socialista*, á nombre del Gran Círculo de Obremos, le ofreció una hermosa corona, que le fué presentada por la actriz Pilar Belaval. Este suceso causó mucha complacencia á los numerosos amigos del modesto y entendido escritor, cuyo primer ensayo dramático no merecía ciertamente el fiasco que hizo en su estreno, pues no era en verdad ni mejor ni peor que tantos otros que antes, entonces y después fueron bien recibidos desde su primera representación.

Pasemos ya á referir sucesos correspondientes á Julio de 1872, pero antes mencionemos siquiera el fallecimiento del arquitecto español D. Lorenzo de la Hidalga, constructor del Gran Teatro Nacional: esta pérdida, sensible para las Bellas Artes, ocurrió á las nueve y media de la mañana del 15 de Junio: Hidalga fué víctima de una pulmo-

nía que se dijo haber tomado dirigiendo las obras del bello palacio de los Sres. Escandón, en la Plazuela de Guardiola.

En principios del mes de Julio, la buena sociedad mexicana que de tiempo atrás andaba alarmada con los progresos de la criminalidad en el recinto mismo de la Capital, experimentó una justa satisfacción con ver volver vivo á su seno al Sr. D. Juan Cervantes, osadamente plagiado en cierta noche en que salía de un espectáculo habido en el Teatro Nacional. El activo Gobernador del Distrito, D. Tiburcio Montiel, logró, en las primeras horas de la mañana del 4 de Julio, salvar al Sr. Cervantes, á quien encontró en la casa número 8 del callejón del Zacate, esquina con la Plazuela de San Lucas, debajo de las vigas del piso de una inmunda *accesoria*, en un estado casi cadavérico y con los oídos tapados con cera y los ojos vendados.

El horrendo y cobarde crimen fué justa y severamente castigado á las cuatro y media de la tarde del mismo día de la aprehensión de los delincuentes, dos de ellos españoles y mexicano un tercero: los tres fueron fusilados y sus cadáveres expuestos en el mismo lugar del crimen, para satisfacción de la vindicta pública y para ejemplo y escarmiento de bandidos, que en esos días eran numerosos en la ciudad y en sus alrededores, y procedían, á lo que se dijo, de la Isla de Cuba, de la que habían salido huyendo de la persecución que en ella se les hacía; parece que los hubo de todas las nacionalidades y aun se habló de que hubiesen formado una sociedad con el nombre de la *Italia Roja*, bajo la jefatura de un miserable llamado *el Noy*, que al ser aprehendido en el pueblo de San Miguelito, se suicidó para evitarse el ser llevado al cadalso: su cadáver fué traído á México y expuesto en el lugar en donde fueron fusilados los reos del susodicho plagio, en que *el Noy* apareció complicado.

Pero el grande é inesperado suceso de ese mes de Julio, fué el de la muerte casi repentina del benemérito ciudadano é insigne patriota, orgullo de América y del partido liberal mexicano, D. Benito Juárez, ocurrida á las once y media de la noche del 18. Esa desgracia, que causó un sentimiento general, unánime, aun entre sus mismos enemigos políticos, pues si éstos combatían su ambición de mando, nunca dejaron de admirarle y de respetarle como immaculado héroe de la segunda Independencia de México, dió término á la revolución que asolando venía al país, y facilitó á uno de sus contrarios, D. Sebastián Lerdo de Tejada, el acceso á la Presidencia de la República, de la que interinamente se encargó el 19, como Presidente que era de la Suprema Corte de Justicia.

Desde el día 15, y firmado, en representación de la Empresa, por D. Ignacio R. Esparza, se había impreso y hecho circular el prospecto de la nueva Compañía de Opera Italiana que debía comenzar próxi-

mamente sus trabajos en el Gran Teatro Nacional. Hé aquí el elenco: *Prima donna absoluta del género ligero*, Angela Peralta de Castera; *Prima donna absoluta dramática*, Cornelia Castelli; *Prima donna mezzo soprano*, Giuditta Galazzi; *Prima donna contralto*, Paolina Verini; *Otra prima donna soprano*, María Beluta; *Comprimaria*, Marieta Pagliari; *Primeros tenores absolutos*, Felice Pozzo, Hipólito D'Avanzo; *Otro primer tenor*, Luis Bertolotti; *Primeros baritonos absolutos*, Enrique Storti, Felipe Bertolini; *Primeros bajos profundos*, Carlos Zuchelli, José Giannoli; *Maestros directores*, Daniel Antonietti, Cayetano Foschini; *Arpista*, Rosalinda Sacconi; *Primer oboe*, Emmanuel Vacarosi; *Primera bailarina*, Unice Vanerini. Precios de abono por doce funciones: en palcos, *ciento veinte pesos*; en lunetas, *diez y seis*. Tomándose el palco por tres abonos, el precio se reducía á *cien pesos* por cada doce funciones.

La primera, y de estreno de Compañía, se verificó el 27 de Julio con *Favorita*. La Galazzi, que desempeñó el papel de Leonor, era una joven de veinte años, morena, con ojos grandes, negros y llenos de expresión: su voz, de mezzo soprano, tenía un metal agradable y la maneja con talento y discreción, cosa rara en una *debutante* en su carrera.

Cantó bien la romanza del segundo acto y el dúo con el rey; pero donde estuvo sorprendente, apasionada, dramática y conmovedora fué en el cuarto acto, en que dió prueba concluyente de sus grandes dotes artísticas: las cualidades dramáticas de la Galazzi eran verdaderamente de llamar la atención en una artista de su edad. Fué recibida con los más entusiastas aplausos. D'Avanzo no lució, díjose que á causa de la fatiga del viaje; Zuchelli estuvo bastante bien. El héroe de la noche fué el baritono Storti, que ejecutó de un modo excepcional el Alfonso. Su modo de accionar, su magnífica y extensa voz, hacían de él un artista eminente, y le valieron una ovación espléndida al final del tercer acto. En el segundo intermedio, la arpista Rosalinda Sacconi ejecutó de un modo admirable un difícilísimo *Capricho* de A. Thomas.

El domingo 28, y en la segunda de abono, se cantó *Ione*, luciendo en ella muchísimo el baritono Bertolini. El 30 obtuvo un éxito redondo *Un ballo in maschera*. Pozzo, el tenor de fuerza de la Compañía, interpretó perfectamente su papel; su voz rebelde en ocasiones y un poco áspera al principio, adquirió en la preciosa barcarola del segundo acto una flexibilidad y un brío inesperados: en el tercer acto, en el magnífico dúo con Amelia, estuvo verdaderamente inspirado; en el último no fué menor su triunfo. La Castelli era una *Amelia* digna de la pasión que inspiró al *Conde*: de estatura más que mediana, perfectamente formada, de ojos grandes, negros y vivos, de una fisonomía interesante, presentaba un conjunto seductor: su voz

era de una dulzura y de una limpieza exquisitas: actriz inteligente, estuvo muy bien en el tercer acto.

Oscar, el hechicero paje que tanto ameniza esa sombría partitura, y que produce en el espectador el efecto de un rayo de sol en medio de una tempestad, fué interpretado por María Beluta, linda, joven y esbelta valenciana. Graciosa, traviesa, ligera y elegante, la Beluta impresionó agradablemente al auditorio, y *el patio* la aplaudió con loco frenesí: María Beluta poseía una voz flexible, de un diapason bastante alto, y sus *trinos* eran perfectos: en el cuarto acto lanzó unas notas picadas que arrebataron al público: María Beluta debía llegar á ser la niña mimada de los abonados, y para ello tenía mil títulos, siendo los principales su gentileza y su brío. "La Compañía, dijo uno de los principales periódicos, nos ha traído una María Beluta, que parece de dulce; joven como el renuevo de la flor, bella como el lucero de la tarde, despide su garganta cascadas de clarísimas notas, puras, sonoras como el canto del ruiseñor: María ha aparecido de paje y de pescador en *El baile de máscara*; en sus *ritornellos* es inimitable; canta con toda la gracia que irradia de su presencia. La Beluta ha hechizado de tal suerte á todo el público, que los poetas le han dedicado ya una infinidad de sonetos, quintillas, odas y poesías de toda especie."

Ahí van de muestra, unos versos que firmaba *Mefistófeles*:

"¡Qué bellas tus formas son,
mariposilla ligera!
¡Qué frente tan hechicera!
¡Qué mirada! . . . ¡Es la ilusión!
"¡Qué sonrisa! ¡Amor se posa
en tus labios purpurinos;
y qué dulcísimos trinos,
qué voz tan suave y hermosa!
"¡Qué perfumados tus rizos!
¡Qué mano, si es un primor!
Y qué talle, si el amor
le dió todos sus hechizos!
"De rosas una corona
cife á tu frente el encanto,
que entre la risa y el canto
el genio su luz pregona.
"¡Qué deslumbrante tu traje!
¡Qué arrogante tu figura!
¡Cómo realza tu hermosura!
¡Quién fuera paje del paje!

“Deja al *Conde*, ven, María,
sé Reina del corazón,
que un trono en la *redacción*
te va á alzar la pluma mía.

“Bella con el *dominó*,
nube en el sol tu careta. . . .
yo *te canto*, soy poeta,
no digas, paje, que no.

“Te he visto en mi frenesí
llena de encanto y amor
en traje de pescador,
¿no quieres pescarme á mí?

“Canta, pajecillo, canta,
que una flauta es tu garganta.”

A su manera, *Mefistófeles* se hizo el eco de la admiración y del entusiasmo que en los amantes de la belleza despertó María Beluta, quien hizo un Oscar que hasta hoy por nadie ha sido superado en el Gran Teatro, lo mismo en la parte de canto que en lo que se refiere á belleza femenil. Fué una mujer encantadora, que al fin hubo de quedarse en México, retirada del teatro y unida en matrimonio con un estimable caballero perteneciente á la Colonia alemana.

La Verini, que desempeñó el papel un poco ingrato de la bruja, era una bella rubia, de regulares facciones, de grandes ojos azules y de imponente estatura: su voz de un *contralto* legítimo, se escuchaba con gusto, pero sin entusiasmo: artista de buen método, cantaba bien, pero faltándole fuego é inspiración artística.

Como de costumbre, fué el rey de la función el barítono Storti, que hizo un incomparable *Renato*: cantó la gran escena del cuarto acto, con una perfección tan grande, que sólo por consideración no se la hizo repetir el público por tercera vez. “¡Qué manera tan prodigiosa de redondear la nota! — exclama un cronista — qué metamorfosis tan inaudita al ejecutar aquel rápido paso de la voz de pecho á la de cabeza, cuyo perfecto mecanismo es un verdadero fenómeno así del arte como de la naturaleza. Storti desplegó todo su admirable y doble talento de cantante y de actor.”

Los dos bajos, Zuchelli y Giannolli, cantaron y caracterizaron muy bien; en el coro de la risa supieron hallar entonaciones diabólicamente burlonas, y en el gran terceto del cuarto acto un vigor y una afinación dignos de todo elogio. Los coros y la orquesta se portaron satisfactoriamente, y en suma, fué aquella magnífica función lo mejor de toda la temporada.

Después de una repetición del *Ballo*, se dió *Hernani*, por la Castelli, Pozzo y Bertolini que estuvo muy bien en el *Carlos V*.

Lucia fué un triunfo para la Peralta, y desde su primer dúo con Edgardo en la preciosa escena del anillo, arrebató al público: la Peralta poseyó un timbre de los más agradables que se han oído en las notas altas; su voz fué de soprano eminente, y no carecía de amplitud ni de *mordant*: la bravura y el brillo eran las cualidades distintivas de nuestra cantante, que sabía impregnar de infinita suavidad y dulzura los pasajes tiernos. Después cantó *Traviata*, obra que posee bellísimas melodías sofocadas por imperdonables vulgaridades, airecitos chocantes, y un atroz desbarajuste en la partición. Angela estuvo inimitable en el primer acto y espléndida en el segundo: los otros, aunque los cantaba con perfección, no eran, sin duda, propios para ella.

Diéronse después, y á partir del 15 de Agosto, tres representaciones de *Safo*, de Pacini, lo cual equivale á decir que la Galazzi alcanzó tres grandes triunfos. Esa obra que pasa por la mejor de aquel maestro, encierra verdaderas joyas, como el aria del barítono en el primer acto, la cavatina de la contralto en el segundo y el gran dúo del mismo entre *Clemene* y *Safo*, página que por sí sola basta para acreditar la partitura: en el acto tercero es notable el aria del tenor: el cuarto acto es todo él bueno y de mérito extraordinario. En cuanto al desempeño, pocas veces ha presenciado el Teatro Nacional un entusiasmo tan espontáneo y unánime como el que provocó la Galazzi en el papel de *Safo*, por el vigor, la energía y el fuego que desplegó: “la Galazzi — dijo un cronista — es una trágica perfecta, como lo demostró en la terrible escena del templo: pero donde se excedió á sí misma fué en el último acto: creo difícil que se pueda interpretar mejor aquella situación eminentemente dramática del amor llevado hasta el sacrificio de la vida: la Galazzi es una verdadera encarnación de la Safo antigua, de la Safo legendaria, inspirada, apasionada y sublime. La Verini, encargada del papel de *Clemene*, canta correctamente; pero nada más; es un tímpano esa artista, nada la conmueve; tan fría como bella, asiste á las escenas más patéticas con una pasmosa impassibilidad. Bertolini cantó bien, y D’Avanzo hizo cuanto pudo, que fué poco, pues su voz carece de volumen y de extensión.”

Lucrecia salió menos que mediana; en cambio fué un triunfo para la Compañía, el estreno, en la noche del 28 de Agosto, de la ópera del gran Meyerbeer, *Le Pardon de Ploërmel*, con el título de *Dinorah*. Los creadores de esa obra en París en 4 de Abril de 1859 fueron la hechicera cantatriz Mad. Cabel, el eminente barítono Faure, y Sainte Foy el tenor cómico por excelencia: el público de la Ópera cómica y todo París, acogieron con entusiasmo aquella obra tan fuera de la manera habitual del gran Maestro, y lo mismo han hecho después los públicos de todos los países.

En México fueron igualmente recibidos y aplaudidos los trozos notables que abundan en esa penúltima obra de Meyerbeer: en primer lugar, la obertura, que es una verdadera sinfonía, en la que el Maestro quiso condensar los principales rasgos de la leyenda en que se inspiró: en el primer acto un coro primoroso y muy melódico; el *arrullo de la loca*; la escena chispeante y llena de incidentes entre *Dinorah* y *Corentino*, á quien obliga á bailar; la aria de *Hoël*, el dúo de ambos aldeanos; el terceto final en que domina la voz fantástica de *Dinorah*. En el segundo acto el coro de bebedores; la visión de la *loca*, bailando al rayo de la luna y dialogando con su sombra; la leyenda, el dúo tan musical y tan dramático de *Hoël* y *Corentino*; y el terceto final en donde se muestra Meyerbeer todo entero. En el tercer acto, toda la parte bucólica; el aria del *Cazador*; la romanza de *Hoël* y el dúo de los dos amantes.

La partición de *Dinorah*, dice un crítico, ofrece una mina de observaciones curiosas, y no acabaríamos nunca si hubiéramos de entrar en pormenores y señalar minuciosamente el empleo que el Maestro hizo de los enlaces instrumentales, de las sucesiones armónicas, y de las modulaciones tan atrevidas como nuevas, que abundan en esta obra de primer orden en su género.

El desempeño de *Dinorah*, en nuestro teatro, fué casi excelente: cantó la Peralta con suma corrección, vocalizó á maravilla, y ejecutó de una manera verdaderamente deliciosa los muchos y difíciles rasgos de su papel. Storti cantó maravillosamente toda la parte de *Hoël*; su bella voz arrebató al auditorio en aquella aria del primer acto tan hermosa, de tan alto carácter y tan completamente digna del autor de *Roberto* y de *Hugonotes*. Storti, artista en toda la extensión de la palabra, alcanzó los honores de la repetición en la romanza del tercer acto tan llena de sentimiento. El *Corentino* fué la mejor creación de D'Avanzo, que, como cantante y como actor supo sacar gran partido de su papel. Giannoli no hizo efecto en su aria del *Cazador*, que en todas partes se aplaude y hace repetir, seducción de una melodía tan sencilla como llena de colorido. Los papeles episódicos de los dos cabreros estuvieron bien cantados por la Verini y la Beluta. Los coros caminaron bien; la orquesta estuvo más que satisfactoria; el torrente de *agua verdadera*, suficientemente *espumoso*; y aun la cabra *natural* desempeñó su papel con *celo*, atravesando el frágil puente al final del segundo acto, sin hacer ninguna *mala crianza*.

En *Linda de Chamounix*, la Peralta sorprendió con las variaciones que introdujo en la escena del delirio, demostrando que en el arte de la vocalización era muy difícil ir más allá que ella. En *Poliuto*, cantado el 8 de Setiembre, Pozzo no pudo hacernos olvidar al gran artista que le precedió en ese papel, por más que arrancó justos aplausos en el dúo del tercer acto. El 18 del citado mes fué cantada *La*

Forza del Destino, de Verdi; el público de México, lo mismo que los de San Petersburgo, París y Madrid, recibió esta cansada ópera con una frialdad extrema y justa. En cambio *Rigoletto* fué un gran éxito para todos los artistas. En *Trovador*, cantado el 29, arrebataron la Castelli y el magnífico Storti. En la noche del 3 de Octubre, la Castelli, la Beluta, D'Avanzo, Bertolini y Zuchelli, cantaron *La Condesa de Amalfi*, de Petrella, estrenada en Turín en 1867, y escrita sobre un libreto tomado de la *Dálila* de Octavio Feuillet.

La obra de éste quedó deformada por la música de Petrella; á pesar de su introducción verdaderamente inspirada, con su frase de violoncello de muy bello carácter; del dúo de *Tilde* y *Edigio* buenos y bien instrumentados; del grandioso preludio de orquesta del segundo acto; de la elegante aria de *Leonor*; del bonito *duetino* de *Leonor* y *Carnoli*, de la notabilísima escena del final del segundo acto y el no menos bueno cuarteto final de la obra, *La Condesa de Amalfi* no pasa de ser una de esas composiciones mediocres que se oyen apaciblemente, sin fatiga, pero sin entusiasmo. Allí se ve la facilidad del maestro que corre antes tras el provecho que tras la gloria, y sin cuidarse de la posteridad no trata más que de agradar al público poco exigente.

El sábado 5 de Octubre para su beneficio, que fué sumamente productivo, la bella y graciosa María Beluta cantó *Marta* con la Verini, D'Avanzo y Zuchelli: en obsequio á la beneficiada Rosalinda Sacconi tocó en el arpa, y con su maestría de costumbre, una difícil pieza, y la bailarina italiana Unice Vanerini arrancó aplausos con su ligereza y gracia poco comunes: la Vanerini no era lo que suele llamarse una *estrella* en el baile, pero sí una buena bailarina de real y legítimo mérito en su género.

Para beneficio de Zuchelli, se cantó el sábado 12 de Octubre *Sonámbula*, ejecutada muy bien por la Peralta y mediocrementemente por los demás artistas. Para el de Storti fué cantada *María de Rohan*, de segundo orden entre las obras de Donizetti, pero cuyo bello y dramático acto tercero compensa lo débil de los dos que le preceden; el papel de *Chevreuse*, escrito para Ronconi, y caballo de batalla de cuantos barítonos aspiran á la celebridad, fué cantado á la perfección por Storti: la Peralta demostró en el papel de *María* que para una artista inteligente no hay papel que no pueda interpretarse como conviene: D'Avanzo dijo muy bien su romanza del acto segundo, y la Verini hizo un lindo abate de Gondy. En la misma función Antonietti reveló ser un distinguido violinista, de ejecución elegante, limpia y correcta: para esa noche Foschini escribió una sinfonía que pareció de mucho efecto y fué muy aplaudida.

El beneficio de la Castelli se dió con una repetición de *Ruy Blas* el 23. La obra del Maestro Marchetti, encantó á nuestro público, es-

pecialmente el famoso dúo del tercer acto, bien conducido é instrumentado y muy semejante en su melodía á la romanza del tenor en el segundo acto de *La Condesa de Amalfi*: lo demás de la obra, sin carecer de mérito en algunos números, es endeble y pálido. La ejecución fué muy satisfactoria: la Castelli caracterizó perfectamente el tipo melancólico de *María de Neubourg*, inventado por Víctor Hugo: Pozzo halló en su creación del *Ruy Blas* un tipo feliz, que personificó con alma y con calor: *Don Salustio* fué interpretado por Storti con su habilidad de costumbre; en el papel de *Casilda* estuvo muy bien la Galazzi y lo mismo debe decirse de Zuchelli en el *Don Gurrítano* (!). ¡Valiente *españolismo* el del tal *patronímico*!

En *Crispino e la Comare*, obra de Luis y Federico Ricci, estrenada en Venecia en 1848 con brillante éxito, por sus melodías fáciles, sus agradables coros, y su estilo bufo y gracioso, la Peralta cantó de un modo sobresaliente el festivo papel de *Anita*, y arrebató en su dúo del primer acto con *Crispin*, muy bien caracterizado por Zuchelli; secundándolos con acierto Bertolini, Giannoli y Bertoletti.

El 29 de Octubre fué cantado *El Barbero de Sevilla* de un modo satisfactorio. No cabe duda en que el *Barbero* ha sido uno de los mayores triunfos de Rossini, y eso á pesar del fracaso de su estreno, cuando por haberse reventado las cuerdas de la guitarra del gran García, que hacía á *Figaro*, estuvo á pique de quedar comprometido el porvenir de esta ópera; después de aquella malaventurada noche no ha envejecido el *Barbero*, y su música tan festiva, tan fresca, tan inspirada y tan natural, todavía seduce y encanta como en 1818: privilegio exclusivo de las obras del genio es el de ser respetadas por el tiempo y admiradas en igual grado por las generaciones que van sucediéndose.

En el *Barbero* sólo cansan aquellos *recitativos* un tanto largos y monótonos; en cambio, para citar los trozos notables de esta ópera bufa, es necesario mencionar cuantos la forman. Storti, en el papel de *Figaro* estuvo inimitable, y sazonó su papel con mucha gracia y brío. D'Avanzo estuvo bien en el *Conde de Almaviva*; Zuchelli nada dejó que desear en *Don Bartolo*, y menos aún Giannoli en *Don Basilio*; la Peralta arrebató en su cavatina y en la lección de música, en la cual intercaló canciones populares mexicanas que entusiasmaron al público.

A beneficio de la Galazzi y con teatro completamente lleno y abundancia regia de versos, coronas, luces de Bengala, dianas y mil demostraciones de frenesí, se cantó en la noche del 31 *Romeo y Julieta*, de Bellini, acompañándola en su ejecución, que sólo fué mediana, Pozzo y la Beluta. Concluída la función, en uno de cuyos intermedios Pozzo y la Castelli cantaron el dúo de *Ruy Blas*, y la Peralta su precioso valse *Lejos de ti*, siguió la gran ovación que á la Galazzi se

le tenía dispuesta: un elegante carruaje tirado por tres troncos de caballos tordillos con penachos de azahares, esperaba á la beneficiada, cuya aparición saludó el público del vestíbulo, el del pórtico y el de la calle con un nutrido aplauso; doce lacayos de lujosa librea la precedían alumbrando el paso con hachas de cera; entre gigantescas luces de Bengala, y á los acordes de las marchas militares, entre los vivas y aclamaciones de incontable muchedumbre, la comitiva siguió las calles de San Francisco, Plaza mayor, Refugio, Coliseo Viejo y Nuevo, hasta llegar al Hotel de Iturbide; allí en uno de los salones del piso inferior, se sirvió una espléndida cena, y pronunciaron brindis por la *Safo italiana*, Angel Domínguez, Antonio Lara, Celestino Díaz, Fuentes, y Tagle. La fiesta terminó después de las tres de la mañana.

En el quinto medio abono, que empezó el 3 de Noviembre, fueron cantadas *Ruy Blas*, *Otello*, *Puritanos*, *Safo* y *Trovador*. Para el 19 y á beneficio de Angela Peralta de Castera, fué anunciada *La Estrella del Norte*, de Meyerbeer. La ejecución, si se exceptúa á la Peralta, Zuchelli y la Beluta, estuvo muy mediana, lo que contribuyó, y no poco, al fracaso que la obra sufrió en México; la Peralta, que cantó el papel de *Catalina*, creado en París en 1854 por Carolina Duprez hija del célebre tenor francés, mereció elogios como cantante, pues dió prueba de inaudito brío en muchos trozos, especialmente en el *ron-dó* del primer acto y el aria concertante con las dos flautas. Zuchelli estuvo bien en *Pedro el Grande*, y la Beluta muy graciosa en el traje de *Prascovia*, diciendo con distinción las estrofas del tercer acto; los demás artistas, los coros y la orquesta, estuvieron desgraciadísimos, y el aparato escénico lamentable. A las seis de la tarde de ese día del beneficio, y previo el anuncio correspondiente, se verificó en el vestíbulo del Nacional la ceremonia de colocar en su respectivo nicho, entre los de Alarcón y de Gorostiza, el busto de Angela, por mano de Julián Montiel, á los acordes del Himno Nacional y entre la lectura de varias poesías.

Después del beneficio, los amigos de la Peralta la acompañaron á su casa, en la que bailaron hasta las cinco de la mañana. Al día siguiente, la Empresa nos dió el *Trovador*, que salió muy bien, desempeñando Bertolini el papel interpretado hasta allí por Storti, quien algunos días antes había tenido que salir de México para cumplir con otras contratas. El jueves 21 se repitió la *Estrella del Norte*, como despedida de la Compañía.

He dedicado más espacio y detalles de los acostumbrados en este libro á esa Compañía, porque realmente fué una de las mejores en aquellos años, acreditándose en su elección el buen gusto, el talento y el estudio que de las aficiones de sus compatriotas tenía y había hecho la empresaria, que no fué otra que la eminente artista Angela Peralta de Castera.